



J. VERMEYEN: Conquista de Túnez por Carlos V



Luis Rosales



Luis Felipe Vivanco

REFLEXIONES CON OCASION DE UNA ANTOLOGIA DE VERSOS HEROICOS

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Leamos sosegadamente, como leímos el primer tomo, este segundo de *Poesía heroica del Imperio*, de Luis Rosales y de Luis Felipe Vivanco. Pasemos del siglo XVI al siglo XVII, en que Velázquez pinta *Las lanzas*. Breda, al fondo de este lienzo, se baña en la luz ya declinante de los Austrias. Encarna el marqués Ambrosio de Spínola la clemencia, y cree que combatir es otorgar como se enseñó en España: bajando de la frente al corazón la cortesía.

En el gesto del vencedor de Breda al recibir las llaves de la ciudad, esa lección ha madurado y se colma de sentido. La melancolía con que Spínola considera a Nassau agobiado por la derrota está entre nosotros y nos viene disuelta en esa luz que va a ser pronto en el ocaso regio, no dignidad, sino lujo. Cuando Velázquez pinta *Las lanzas* para el salón de reinos del Palacio del Buen Retiro, Breda ha vuelto a perderse. Spínola la toma en 1625; Federico Enrique de Orange la recobra en 1637; Velázquez pinta el cuadro entre 1639 y 1641 (1). A los días prósperos han sucedido en España militarmente los adversos. Con Felipe IV la decadencia de la nación va a ser irreparable, y algo, no se sabe qué, hay en el cuadro que la presiente o la presagia. Ese *después* de la victoria nos traía, siendo

estudiantes, un desasosiego que en los mustios collados de otra edad se nos renueva muchas veces. Así, cuando, después de 1571, que es Lepanto, asistíamos a las paces precarias con Turquía en 1573 y a la pérdida de Túnez y de la Goleta en 1574, se nos querrelaba el corazón contra las veleidades del destino. La meditación de esas alternativas nos turba aún el deleite ante la obra que eterniza el hecho de armas. Cuando Velázquez lo está pintando, Spínola ha muerto, y, según la propia confesión, herido por el ultraje de los que más le debían; viejo episodio siempre nuevo que sorprende muchas veces al héroe y al mismo santo sin la entereza necesaria. Pero de la Historia, pese a todo, amamos la sucesión de alternativas, y no tan sólo elementalmente los instantes en que la plenitud nos subyuga con su evidencia. Así y todo, desde las primeras cumbres con nieve de la vejez busca la mirada todo el paisaje de nuestra historia y se detiene en las perspectivas más soleadas de esplendor. En el siglo XVII muchos son los poetas vueltos ya hacia el ayer y no inmunes a la nostalgia. Lo vemos cuando Luis Rosales enuncia con acuidad en su prólogo actitudes del siglo XVII junto a la actitud del siglo XVI que se yergue al fondo de los sonetos de Virués a la vida militar:

*Veo banderas tremolando al viento
llevar tras sí la valerosa gente.*

Antes de seguir a Rosales renovamos meditaciones a las que nunca osamos aludir sin escrúpulos de conciencia. No es que nadie nos cohiba o nos vede la revisión de la obra de los que fundan aquí el libre examen contra la guerra. Hemos afirmado alguna vez que son los juristas que sustentan bajo los Austrias el derecho de gentes los que socavan tercamente la

(1) Don F. Javier Sánchez Cantón, en el "Catálogo de los cuadros del Museo del Prado" (MCMXLII), asegura que Velázquez pintó "Las Lanzas" hacia 1634, antes, desde luego, del 28 de abril de 1635. Acetamos naturalmente, la autoridad del muy docto historiador y crítico de arte; pero nos atenemos a la antigua conjetura de que el lienzo fué pintado entre 1639 y 1641, para ceñir nuestras reflexiones a la intención que las dicta dentro de las fechas rectificadas.